

RECORRIDO POR LA POESÍA DE FERNANDO CORONA

Muchos hay que piensan que el poeta es el confidente de los dioses, que la inspiración es el lenguaje cifrado con el que conversan los vates y lo maravilloso. Yo, con perdón del idealismo filosófico y estético, soy más terrenal y mundano, y desde esta atalaya veo más que juzgo, gozo más que diseco los persistentes misterios de la creatividad. Creo que la inspiración, independientemente de la manera en que los artistas la vivan e interpreten, es un estado de ánimo singular, privilegiado y único, que permite abrir ventanas y clausurar cegueras. Por eso considero que la poesía es un trabajo, una actividad que tiene más que ver con el taller y el esfuerzo, que con el éxtasis y la levitación imaginaria. Es un oficio, sí, pero un oficio que se autoexcluye de lo meramente utilitario para situarse en el nivel de la práctica desinteresada y valiosa de por sí. El bardo, entonces, es una suerte de herrero o un artesano más, pero un herrero armonioso, para decirlo con una añeja alocución pitagórica.

Todo lo anterior se me viene a la mente, cuando me preparo a comentar –de manera muy escueta, claro es- los libros y textos que forman la poesía completa de Fernando Corona. Sé, desde luego, que esto que llamo “poesía completa”, dentro de muy poco tiempo será tan sólo un fragmento, un tramo, una porción limitada de la creación salida de su pluma, porque nuestro portaliras todavía es muy joven y no puede vivir sin escribir, como lo confiesa en el Proemio a su poemario *Ángela*: “nunca he de callar –apunta- porque no puedo”. Poeta, en el sentido existencial de término, es, en efecto, el que no puede vivir sin estarle robando secretos a las musas. Entonces, la juventud y la vocación de nuestro escritor me hace pensar que tendremos Corona por mucho tiempo y que lo que ahora se nos da como su poesía completa será mañana sólo una muestra parcial de su quehacer lírico.

Siete son los textos, grandes y pequeños, que constituyen esta obra. Abarcan aproximadamente siete años de producción poemática. Sus títulos son: *Cantos de silencio* (2000), *Ángela* (2002), *Canto sobre la muerte del menor Sabines* (2003), *Los trenos de la iglesia de piedra* (2003), *Letras de sombra* (2005), *Oscuros laberintos* (2006) y *Amatorio* (2006).

Aunque me ocupé de dos de estos poemarios hace tiempo –como lo recordará Fernando-, e incluso prologué su excelente libro *Canto sobre la muerte del menor Sabines*, no puedo hacer una reseña de todos por la complejidad de un cantar en pleno desarrollo y la inoportunidad que resultaría de tratar de hacerlo en un acto como el presente. Voy a referirme más bien, de manera principal pero no única, a los últimos textos.

Y torno al tema inicial. En estos poemas Fernando se nos presenta como un herrero, un trabajador, un artesano; en ellos despliega ante de los ojos de sus lectores el magistral empleo de la técnica; pero es un herrero armonioso que aúna al *savoir faire* del fabricante el golpeteo de alas de la inspiración.

Cuatro son los temas, o mejor preocupaciones, que, relacionados, campean en los poemas de 2005 y 2006 de Corona: el amor, el tiempo, el silencio y la reflexión sobre su práctica o sea su *ars poetica*.

En *Amatorio* –su último libro– aparece, claro que en una nueva versión, el viejo tema romántico de que el amor puede liberarse del tiempo y refugiarse en la eternidad. “Si desafío al tiempo es por tus besos”, sentencia nuestro poeta. El título del libro creo que merece un comentario. Amatorio, en un sentido general, es lo perteneciente al amor. Pero yo prefiero interpretarlo, por la manera en que está tratado el tema, como “lugar en que se hace el amor”, como consultorio es el lugar donde se llevan a cabo consultas. El amatorio es el ámbito donde se hacen besos, y los besos, que juegan un papel especial y simbólico en Corona, aparecen en su escritura como la sublimación del acto carnal o, si se prefiere, como coitos aéreos. Pero los besos no sólo son flores espigadas en el jardín de la ternura, sino coágulos de pasión entremezclada. Por eso, en *Letras de sombra*, Fernando no tiene empacho en hablar de “dos besos en contienda” y, con cierto humor, pero sin dejar de referirse a la posesión amorosa, escribe en el mismo texto: “Voy a robarte en el tren de las cinco”.

El amor es, sin embargo, la pasión inútil de trascender el tiempo, y Fernando lo sabe. Esta es la razón por la que, en el poema *El horizonte*, desliza los siguientes versos: “*Si me preguntas quién soy y no respondo/ será porque no soy, sino que ocurro*”. Los hombres y mujeres no somos, sino ocurrimos o transcurrimos, y todo lo nuestro, sin excluir el amor, es o será barrido por el soplo de nuestra irremediable finitud. Estamos aquí, reinamos en el ahora, nos imaginamos eternidades, pero de pronto, como letras que se esfuman de la página escrita, algo o alguien nos hace desaparecer. Y esto tan lo sabe o lo intuye Fernando que, con ojo clínico, sentencia: “*El tiempo es la herramienta de la goma*”.

El mejor instrumento para hablar del amor y del tiempo, y de los encuentros y desencuentros de uno y otro, es, desde luego, la poesía; pero la poesía, a su pesar, tiene también que ver con el fluir del tiempo, por lo que, retrospectivamente, posee en el silencio su prehistoria. La poesía brota de la página en blanco, en su corral silente, como los árboles que, al decir de Fernando, nacen en silencio. Y el poeta no sólo tiene o debe tener una privilegiada relación con las palabras, sino con los huecos silenciosos de ellas o con sus antecedentes en la mudez intacta de la página virgen. Fernando lo aclara bien: “*Esta vez voy a ser el silencioso,/ quiero ver cómo nacen las palabras*”.

La poética de Corona se halla expuesta en el Proemio de *Ángela* y encarnada en varios de sus poemas. Dejemos que nos hable un momento sobre esto: “Entonemos el lenguaje de los pájaros, sin olvidar que es necesario conocer su procedencia y su íntimo significado. El canto del poeta es el sonido disperso entre las hojas, contenido en los frascos del asombro. El paso de los trinos del ave a los trenos del poeta no se logra sino entendiendo con lágrima o sonrisa la inquietud del reino salvaje y llevándolo intacto al reino del sapiente”.

Decir que Fernando es un herrero armonioso, un elocuente bardo que sabe ser, entre otras cosas, el cronista de los entrecruzamientos del amor, lo efímero y el silencio; un poeta, en fin, que sabe saltar del trino al treno, equivale a decir que es un poeta apolíneo, pero también dionisiaco, apolíneo en la forma, en la montura estilística, pero dionisiaco en la embriaguez que le produce su propia inspiración.

Fernando maduró muy pronto. Ya lo dije en otra ocasión. Y ahora, ya conquistada dicha cualidad, empieza a desarrollarse, ampliar su diapason y a deslumbrarnos con la espléndida eufonía del herrero armonioso que carga en las entrañas.

2 de diciembre de 2010

Enrique González Rojo Arthur